

PREDICACIÓN DE SAN JOSEMARÍA

1. Predicación a todo tipo de personas.
2. Predicación a sacerdotes en los años 1939 a 1946.
3. Predicación a fieles del Opus Dei y a personas relacionadas con su apostolado.
4. El estilo de la predicación de san Josemaría.

Una de las tareas específicas del sacerdote es el anuncio de la Palabra de Dios en sus diversas formas: catequesis para la recepción de los sacramentos, homilías en los actos litúrgicos, pláticas y meditaciones para fomentar la vida cristiana, charlas y lecciones encaminadas a mejorar la formación doctrinal de los oyentes, etc.

Desde el comienzo de su actividad sacerdotal, san Josemaría se dedicó con esfuerzo a esta tarea. Al principio, sobre todo, en las iglesias que atendió por algún tiempo y en el Patronato de Enfermos de Madrid, del que era capellán. Más adelante, desde que recibió la misión de fundar y desarrollar el Opus Dei, su predicación se dirigió preferentemente a las personas que se ponían en contacto con la Obra, pero nunca dejó de transmitir la Palabra de Dios a muchas otras. Hubo épocas en que su predicación, sobre todo a los sacerdotes, fue especialmente abundante fuera del ámbito del Opus Dei. A partir de 1970 y hasta el final de su vida, reservó un tiempo importante para llevar la Palabra de Dios a fieles laicos de las más diversas situaciones, en varios países de Europa y América.

1. Predicación a todo tipo de personas

La predicación de san Josemaría tuvo como destinatarios a los cristianos en general, a sacerdotes, religiosos y religiosas y, especialmente, como es lógico, a fieles del Opus Dei y a otras personas que se ponían en relación con la Obra.

En los primeros años de sacerdocio se centró en las personas con quienes entraba en contacto al atender los diversos encargos pastorales que recibía: regente de las parroquias de Perdiguera y Fombuena,

capellán de san Pedro Nolasco en Zaragoza, capellán del Patronato de Enfermos en Madrid, rector de la iglesia de Santa Isabel y capellán de las Religiosas Agustinas que la cuidaban. Destinatarios de su celo pastoral fueron, pues, los niños que se preparaban para la primera Confesión o la primera Comunión, los adultos con ocasión del cumplimiento pascual, las religiosas del Monasterio de Santa Isabel y las personas que acudían a aquella iglesia.

Entre 1927 y 1931, aparte de la ingente labor de catequesis con los niños de las escuelas promovidas por las Damas Apostólicas desde el Patronato de Enfermos, ejerció poco el ministerio de la Palabra: su trabajo pastoral y las licencias ministeriales orientaban su tarea hacia otros campos. Aun así, en junio de 1930 dirigió una vibrante plática a varios centenares de obreros, durante una misión popular en la Capilla del Obispo, junto a la iglesia de San Andrés; fue el primer sermón público de san Josemaría en Madrid. “La situación cambió en 1932, fecha a partir de la cual encontramos guiones de predicación (...). Los más antiguos, es decir, los correspondientes a los primeros años treinta, son guiones de meditaciones o pláticas predicadas en el Patronato de Santa Isabel o, en otros casos, a las teresianas, a cuyo fundador, san Pedro Poveda, conoció en 1931, quedando ligados por una honda amistad” (ILLANES, 2009, p. 228). Ese sentido de amistad le movió –de acuerdo con las orientaciones de Josefa Segovia, la primera Directora General de la Institución Teresiana– a ofrecer sus servicios sacerdotales a las teresianas en los frecuentes viajes que realizó por España durante los años 1938-1939.

Una vez terminada la Guerra Civil (1936-1939), se multiplicaron las invitaciones de las autoridades eclesásticas para que ejercitara el ministerio de la Palabra. Además de predicar ejercicios espirituales a sacerdotes y religiosos –de lo que nos ocuparemos más adelante– fue llamado en

varias ocasiones a ayudar en la formación espiritual de miembros de la Acción Católica (en sus ramas masculina y femenina), de miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, o de profesores de enseñanza media y universitaria. A esto es preciso añadir la atención de las religiosas que solicitaban sus servicios. Están documentados unos ejercicios espirituales, en 1938, a las que atendían el Palacio episcopal de Vitoria, y pláticas a muchas otras religiosas que se ocupaban de los seminarios o de las casas de ejercicios adonde san Josemaría iba para dirigir retiros espirituales. En esas ocasiones, las religiosas solían pedirle que les predicara una meditación; solicitud que san Josemaría acogía siempre de buen grado.

2. Predicación a sacerdotes en los años 1939 a 1946

Merece una consideración especial la intensa labor de predicación de ejercicios espirituales que san Josemaría desarrolló entre seminaristas, sacerdotes y religiosos de toda España, por los años 1939 a 1946; es decir, desde el final de la Guerra Civil hasta su traslado a Roma.

Un testigo de excepción es Mons. Santos Moro, obispo de Ávila, que lo trató de cerca por aquellos años: “La confianza que tenía en el espíritu sacerdotal de don Josemaría –escribió a los pocos años del fallecimiento del fundador de la Obra– y la seguridad en el bien que su palabra haría a los sacerdotes de Ávila, me llevó a encargarle –junto con otro sacerdote– de las tandas de ejercicios espirituales para el clero, que organizamos al terminar la Guerra Civil española. Eran momentos muy importantes para organizar la diócesis, agrupar al clero alrededor del obispo y unirlo en auténtica fraternidad. Yo estuve presente, como es natural, y como resumen de aquellos días puedo destacar la fuerza que tenía la predicación de aquel sacerdote joven, que hablaba de lo que él mismo vivía: de las virtudes teologales, la Fe, la Espe-

ranza y la Caridad, hechas obras en las cosas menudas de cada día” (Santos Moro, “Hablaba de lo que él mismo vivía”, *Diario de Ávila*, 6-X-1978: SERRANO, 1992, p. 159).

Están documentadas más de veinte tandas, algunas con más de un centenar de asistentes (cfr. AVP, II, pp. 723-729). Millares de presbíteros escucharon su palabra vibrante y sacerdotal, con la que infundía en sus almas deseos de aspirar a la santidad y ánimos para recomenzar la tarea.

También se prodigó san Josemaría en la predicación de ejercicios espirituales a varias comunidades de religiosos (Jerónimos, Escolapios, Agustinos). Tuvieron especial resonancia los predicados en el coro alto del Monasterio de El Escorial a los Agustinos, en octubre de 1944. Dos semanas más tarde, el provincial, P. Carlos Vicuña, luego de recoger pareceres y comentarios de los asistentes, escribía a Mons. Álvaro del Portillo las siguientes líneas: “Todos coinciden en que superó todas las esperanzas y satisfizo plenamente los deseos de los Superiores; ahora esperamos de Dios que el fruto sea muy abundante. Todos sin excepción (Padres, teólogos, filósofos, hermanos y aspirantes) estaban pendientes de sus labios, sin respirar, como suele decirse; sus conferencias de 30 y 35 minutos les parecían sólo de diez” (AVP, II, p. 646). No conocían aquellos frailes agustinos que, en esos momentos, san Josemaría tenía una fiebre muy alta, causada por una fuerte infección en el cuello que le supuraba constantemente, probable consecuencia de la fuerte diabetes que, sin saberlo aún, padecía (cfr. AVP, II, pp. 646-647).

Varios de los que asistieron a esos ejercicios tomaron apuntes de las pláticas y meditaciones, que conservaron y meditaban durante toda la vida. El P. Félix Carmona, O.S.A., anota que aquello “fue una gracia muy grande. Creo que conocí a un «santo de altar», a un «santo canonizable», como él –con tanta firmeza– nos decía que

habíamos de ser. El impacto de su extraordinaria espiritualidad no se ha borrado con los años. Hice mis apuntes de cada una de las meditaciones y los he repasado algunas veces. Aún los conservo a lápiz, como los escribí entonces” (Félix CARMONA, O.S.A., “Un santo de nuestro tiempo”, *La buena esperanza*, Ecuador, mayo-junio de 1976: SERRANO, 1992, p. 43). Así escribía un año después del fallecimiento de san Josemaría. Más adelante hizo imprimir esas notas.

San Josemaría desarrolló esta extensa e intensa labor prácticamente hasta su traslado a Roma, en 1946-1947, fecha a partir de la cual su vida y sus ocupaciones cambiaron. Predicaba, vale la pena anotarlo, sin cobrar estipendios. “Contra lo que era costumbre general –testimonia el P. Silvestre Sancho, O.P.–, jamás solicitó retribución alguna por esta labor con sacerdotes: no sólo no quería cobrar nada, sino que tampoco aceptaba regalos y además se costeaba personalmente los viajes. Desarrollaba este trabajo pastoral sin ruido, calladamente, yendo de acá para allá de modo incansable. Algunas veces, a su regreso, hablábamos de los conocimientos que había hecho en esas «escapadas» de Madrid. Esas conversaciones siempre me dejaron el convencimiento del enorme alcance de su labor con sacerdotes; muchos miles de almas se beneficiarían luego de la piedad y del celo que don Josemaría había sabido infundir en sus pastores. Sólo Dios puede valorar este silencioso servicio a la Iglesia” (Silvestre SANCHO, O.P., “Mi testimonio sobre Monseñor Escrivá de Balaguer”, *El Noroeste*, Gijón, 26-VI-1979: SERRANO, 1992, pp. 193-194).

3. Predicación a fieles del Opus Dei y a personas relacionadas con su apostolado

San Josemaría se sirvió, en la labor específica del Opus Dei, de los modos más diversos para transmitir formación cristiana a las personas que reunía a su alrededor. Como, durante varios años, no

dispuso de un lugar para las clases, las reuniones –siempre en pequeños grupos– se tenían en cualquier sitio que ofreciese las mínimas condiciones: un bar, a horas poco frecuentadas; un rincón de un parque público, si el clima lo permitía; una salita prestada por unas religiosas; el cuarto de estar de la casa de su madre... Se desarrollaban como las tertulias de sobremesa de una familia o las reuniones de amigos que, en un ambiente sencillo, charlan de los temas más variados. San Josemaría aprovechó esa institución de las tertulias, frecuentes en el ámbito civil, para derramar doctrina a manos llenas. Desde muy pronto constituyeron –junto con las pláticas y las meditaciones– su medio favorito para formar a los fieles del Opus Dei y a quienes se acercaban a la labor de la Obra. “Puede considerarse que las tertulias (...) fueron una pieza fundamental, si es lícito hablar así, de su «estrategia» apostólica” (LOARTE, 2007, p. 222).

a) Predicación en los años inmediatamente sucesivos a la fundación del Opus Dei (1933-1939)

La primera predicación por así decir “formal”, en el marco de la labor específica del Opus Dei, tuvo lugar el 21 de enero de 1933, en unas habitaciones que unas religiosas le facilitaron en el Asilo de Porta Coeli; en aquella ocasión le cedieron también el uso de la capilla. Nacieron entonces las clases de formación cristiana para gente joven, que tantos frutos han dado y continúan dando en todo el mundo. Son también de esta época algunos retiros y charlas en unos locales de la iglesia del Perpetuo Socorro, regentada por los Redentoristas. En lo que se refiere a su predicación a mujeres, consta que les dirigió meditaciones y charlas en la iglesia de Santa Isabel (cfr. ILLANES, 2009, p. 225).

En cuanto fue posible disponer de sedes específicas para la labor apostólica, la predicación de san Josemaría comenzó a desarrollarse en esos lugares; a partir de

1934 en la Residencia DYA y luego en muchos otros sitios. Naturalmente, dirigía las pláticas y homilias en el oratorio del Centro. Nunca abandonó sin embargo, ese modo tan suyo –las “tertulias”–, en las que con naturalidad y, en el contexto de una conversación sencilla, hacía llegar a muchas personas la doctrina de Cristo.

Se han conservado bastantes guiones de la predicación de san Josemaría en esta época, aunque muchos otros se han perdido. A veces las referencias son sólo indirectas: cartas de los residentes, párrafos en los diarios de los Centros y, en ocasiones, un sencillo esquema de la charla. “Muy pronto, los que le escuchaban comenzaron a tomar nota de sus conversaciones, que tanto les ayudaban a crecer en vida espiritual; no lo hacían mientras hablaba, sino más bien al terminar la reunión. Después (...) las releían, las meditaban, las prestaban a los ausentes. Y no era raro que se hiciesen copias, que pasaban de mano en mano” (LOARTE, 2007, p. 223).

La primera documentación relativamente completa sobre la predicación en el ámbito específico del Opus Dei se remonta al año 1937, durante los meses que vivió refugiado en el Consulado de Honduras en Madrid, huyendo de la persecución religiosa. “Durante los meses pasados en la Legación, el fundador del Opus Dei hacía con frecuencia la oración en voz alta dirigiéndose al pequeño grupo de los que le acompañaban. De ordinario esa predicación tenía lugar por las mañanas, sea durante un rato de oración que precedía a la Misa que a continuación celebraba san Josemaría, sea como introducción inmediata a la Comunión eucarística. En otras ocasiones tenía lugar por la noche, antes del tiempo de descanso” (ILLANES, 2009, p. 226).

“Uno de los jóvenes que compartían con él ese tiempo de refugio, Eduardo Alastrué, era persona de gran memoria, lo que le permitió transcribir, de modo resumido, esas meditaciones al poco de ser predicadas. Obtenida la previa autorización de

san Josemaría, estos resúmenes se hacían llegar, con el cuidado que reclamaba la situación de persecución religiosa que reinaba en la capital de España durante ese tiempo, a los miembros del Opus Dei que se encontraban en otros lugares de Madrid e incluso en Valencia. Buena parte de esas meditaciones –cincuenta en total– se han conservado. La primera data del 6 de abril de 1937; la última del 30 de agosto del mismo año. Los temas son muy variados, aunque predominan, como es lógico, dadas las circunstancias, las referencias a la confianza en Dios, a la comunión de los santos, a la oración, al afán de acercar almas a Cristo, a la perseverancia” (*ibidem*).

Cuando, el 31 de agosto de 1937, pudo abandonar por fin aquel refugio, san Josemaría amplió el radio de acción ejercitando clandestinamente su labor ministerial. Desempeñó su ministerio pastoral, corriendo graves riesgos. Por ejemplo, predicó un curso de retiro en Madrid al que asistieron varias personas. Se lo anunciaba a los miembros de la Obra en unas líneas fechadas el 10 de septiembre, escritas en tercera persona y “en clave”, para eludir la posible censura si la carta llegaba a ser interceptada: “En estos días –escribe– pretende (...) dar unas conferencias, como las que daba en su casa con paseítos por la azotea [alusión a los retiros espirituales en la Residencia de Ferraz]. Asegura que tendrá escuchándole hasta siete o nueve *catedráticos*” (AVP, II, p. 133)

Uno de los biógrafos relata cómo se desarrollaron esos ejercicios. “La primera plática la tuvieron el 20 ó 21 de septiembre, por la mañana (...). Aquellas reuniones de un grupo de hombres jóvenes, ya fuese en casa ya en la calle, por fuerza habían de llamar la atención de la gente o de los porteros encargados del control de las viviendas. Así, pues, el Padre repartió las meditaciones a distintas horas, y en distintos sitios, durante los tres días que duraron aquellos ejercicios espirituales (...). El sacerdote, después de dar la media hora de medita-

ción matinal, los puntos de examen y hacer algunas indicaciones, salía de la casa. Y los ejercitantes, escalonadamente, se iban a la calle o al parque del Retiro, a continuar sus reflexiones ambulantes, o concentrarse en el rezo del rosario. Por la tarde, en hora y lugar convenidos de antemano, tenían otra meditación” (AVP, II, p. 142).

b) Predicación hasta el momento de su marcha a Roma (1939-1946)

Con el paso a Burgos, primero, y con la llegada de la paz, después, san Josemaría recobró la libertad de movimientos. En el hotel donde residió en Burgos, y luego en los Centros de la Obra que comenzaron en Madrid y en otras ciudades, su formación y predicación a los fieles del Opus Dei y a quienes se acercaban a la labor de la Obra tomó nuevo impulso.

Una de las primeras tareas que llevó a cabo, en Burgos, fue restablecer el contacto con las personas que acudían por la Residencia DYA antes del conflicto. Fue una labor paciente, que le permitió rehacer el archivo con las direcciones de bastantes personas, sobre todo estudiantes. A partir de entonces recibió a muchos en la ciudad donde residía temporalmente y realizó innumerables viajes a otros lugares de la geografía española, para atenderlos en sus necesidades espirituales.

Con el regreso a Madrid, en abril de 1939, san Josemaría recomenzó a pleno ritmo su labor sacerdotal en el Opus Dei. La Residencia de la calle Jenner y los demás Centros que se fueron abriendo (también para la labor entre las mujeres) en diversas ciudades le permitieron darse de lleno a la predicación con meditaciones y pláticas, días de retiro, ejercicios espirituales y, cómo no, con las familiares tertulias de tanta raigambre en la historia del Opus Dei.

c) Predicación desde el traslado a Roma (1946-1975)

El 23 de junio de 1946 llegó san Josemaría por primera vez a Roma. Consi-

deró que en esta ciudad debería estar su domicilio, así como el del gobierno central de la Obra, aunque por un tiempo parte de sus organismos continuaron en España. El propio san Josemaría, entre la fecha mencionada y la primavera de 1949, momento en que pudo completar su instalación en la Ciudad Eterna, tuvo que dividir su vida entre Roma y Madrid, con estancias periódicas en uno y otro sitio.

Durante los meses que pasó en España, entre 1946 y 1949, predicó en repetidas ocasiones a miembros de la Obra, y en otros muchos momentos se entretuvo con ellos en conversaciones familiares. Algunas de esas meditaciones, pláticas o tertulias fueron tomadas en magnetofón. Al trasladarse establemente a Roma, las grabaciones se interrumpieron: las diferentes condiciones de vida –los edificios destinados a ser la sede central del Opus Dei estaban en obras– y la carencia con que se vivía en la Ciudad Eterna lo hicieron necesario. No cesó en cambio la predicación de san Josemaría; al contrario, se incrementó notablemente gracias a la erección en 1948 del Colegio Romano de la Santa Cruz, y en 1953 del Colegio Romano de Santa María. Estos dos Centros –el primero para varones, el segundo para mujeres– tenían como objetivo ofrecer una intensa formación en la doctrina católica y en el espíritu específico del Opus Dei, con el fin de preparar personas que luego pudieran llevar la Obra a diferentes países; en el caso del Colegio Romano de la Santa Cruz, también para formar a quienes habrían de recibir la ordenación sacerdotal. Se iniciaba así lo que el fundador llamaba “la batalla de la formación”: se dio de lleno a la predicación utilizando los medios habituales (meditaciones, retiros, ejercicios) y las tertulias. Yo mismo, durante los once años que viví y trabajé muy cerca de san Josemaría en Roma, soy testigo de su dedicación incansable a la formación de sus hijos.

“La existencia de grupos de fieles de la Prelatura que se encontraban en Roma

con conciencia de estar en un periodo de formación cerca del Fundador, hizo que la costumbre de tomar nota de su predicación se convirtiera en una realidad estable, en una verdadera tradición” (LOARTE, 2007, pp. 223-224). Como todavía no era posible grabar, quienes escuchaban la predicación de san Josemaría no se resignaban a que se perdieran sus palabras. “Sea individualmente sea de forma organizada, se arbitraron medios con ese fin. En los dos Colegios Romanos no tardaron en constituirse equipos, formados por personas de escritura rápida o con conocimientos de taquigrafía, que se encargaban de tomar nota durante las meditaciones o tertulias, reuniéndose luego para confrontar los diversos apuntes hasta llegar a recopilaciones con un alto grado de exactitud” (ILLANES, 2009, p. 239). Ese trabajo ha hecho posible reunir, hasta el momento, ciento quince recopilaciones de meditaciones o pláticas, contando sólo el periodo comprendido entre 1950 y 1959. El número de tertulias en ese mismo tiempo es muy superior. La progresiva difusión y mayor calidad de los medios técnicos (magnetofones, filmaciones en película o vídeo, etc.) permitió mejorar la fidelidad de los textos recogidos de la predicación oral del fundador.

Esta abundante predicación de la Palabra de Dios constituye el *humus* en el que se gestó gran parte de su obra escrita. Las colecciones de homilias sobre el año litúrgico y sobre las virtudes cristianas (agrupadas en los libros *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*), son fruto en buena parte de la predicación del fundador. Como expresa un estudioso de estas cuestiones, “san Josemaría parte de su predicación oral, sea de una meditación u homilía de la que se conservaban apuntes del texto completo, sea de una minuta o borrador. En todos los casos, el texto fue ampliamente revisado por el autor, completando frases o ideas, añadiendo citas de la Sagrada Escritura o de Padres de la Iglesia, ampliando algunos temas...” (ILLANES, 2009, p. 262).

A partir de 1960, “san Josemaría realizó diversos viajes que dieron ocasión a una evolución en su predicación, por lo que a las tertulias se refiere: estamos ya ante reuniones no con un número pequeño de personas, sino con grandes grupos (en ocasiones, millares de personas), pero en las que se mantenía el tono coloquial y familiar que presidió estos encuentros desde los orígenes del Opus Dei. Así ocurrió con las reuniones que mantuvo en España en los años 1960, 1964 y 1967, con ocasión de eventos relacionados con la Universidad de Navarra; en las tertulias en México, en el año 1970, con motivo de la visita que hizo a la Virgen de Guadalupe; y en los viajes de catequesis realizados en los últimos años de su vida por la Península Ibérica (año 1972) y por Latinoamérica (años 1974 y 1975). Y también en los encuentros con grupos de jóvenes relacionados con la labor apostólica del Opus Dei, que desde 1968 comenzaron a acudir a Roma para celebrar la Semana Santa cerca del Papa, a los que san Josemaría recibía con agrado” (LOARTE, 2007, p. 224).

Los viajes de catequesis desde 1972 a 1975 constituyeron un testimonio de particular riqueza sobre la predicación de san Josemaría, sea en general, sea en referencia al momento histórico en que se sitúan. Son merecedores de un estudio amplio, pero como tienen voz propia en este *Diccionario*, aquí podremos reducirlos a las breves consideraciones realizadas.

4. El estilo de la predicación de san Josemaría

La predicación de san Josemaría fue innovadora. En primer lugar, por el contenido, ya que al predicar el espíritu del Opus Dei difundía aspectos del Evangelio en muchos ámbitos poco conocidos o incluso ignorados (la llamada universal a la santidad, la santificación del trabajo, el amor al mundo, la comprensión del matrimonio como vocación cristiana, etc.). Pero también por el modo como la propuso. A

juzgar por los testimonios que poseemos, la predicación de san Josemaría sonaba a sus oyentes muy distinta de la retórica sagrada en uso. Lo sintetizaba en el consejo que daba a los sacerdotes: que, al predicar, trataran de hacer oración personal. Lo mismo enseñaba a los oyentes: la oración ha de ser, ante todo, diálogo personal con el Señor. “Cuando me dirijo a vosotros –decía, por ejemplo, al comenzar una meditación–, cuando conversamos todos juntos con Dios Nuestro Señor, sigo en alta voz mi oración personal: me gusta recordarlo muy a menudo. Y vosotros habéis de esforzaros también en alimentar vuestra oración dentro de vuestras almas” (AD, 39).

Mons. Álvaro del Portillo, en el prólogo a *Es Cristo que pasa*, resume en tres las características de la predicación de san Josemaría: profundidad teológica; conexión inmediata entre la doctrina del Evangelio y la vida del cristiano corriente; lenguaje directo, sencillo, de una amenidad inconfundible (cfr. ECP, pp. 12-14). Preparaba las meditaciones y homilias teniendo en cuenta los destinatarios concretos, para adaptarse a su situación. Y pedía al Espíritu Santo el “don de lenguas” para hacerse entender; un “don de lenguas” que no consistía en el carisma sobrenatural de que habla el Nuevo Testamento, sino en la capacidad de hacer llegar su mensaje a las almas de los que le escuchaban.

Al exponer las ideas y consejos que eran fruto de su oración y de su vida, imitaba el modo de proceder de Nuestro Señor: la parábola. Quizá sea éste “el recurso literario y espiritual más característico de Josemaría Escrivá como predicador”, apunta un estudioso, que añade: “El hombre no puede pensar sin imagen (...). De acuerdo con nuestra constitución humana, entendemos mejor la idea (...) cuando es «idea encarnada», *tropo*, ejemplo, idea-imagen (...). El hecho se refuerza por la modalidad precisa de la predicación de Cristo mismo: hablaba a las muchedumbres en parábolas. Los más altos misterios del Reino eran

revelados por su boca en el lenguaje de los sucesos cotidianos de sus oyentes (...). Josemaría Escrivá se conmovía ante esta condescendencia verbal de Jesús, comentaba sin cesar sus parábolas, y... discurría las suyas propias” (IBÁÑEZ LANGLOIS, 2002, pp. 95-96).

El P. Cornelio Fabro, en un libro que lleva por título *El templo de un Padre de la Iglesia*, comparó a san Josemaría con los antiguos predicadores y escritores cristianos, por la profundidad de su doctrina y la claridad con que la exponía en su predicación y en sus escritos. “El estilo ha sido siempre un medio de esencial eficacia para la homilética, la pastoral y la apologética. Las obras de los grandes santos –escribe el P. Fabro– suelen ser precisamente obras de gran altura literaria (...). El estilo de Escrivá de Balaguer es de gran valor. Es un estilo suelto y claro, a la vez conciso e imaginativo, que usa de la gran prosa para exponer los principios, y de las delicadas alusiones a los más íntimos movimientos del alma. En el plano literario, considero estos escritos, y especialmente los dos volúmenes de homilias, un modelo del género, que puede compararse con los grandes escritos del Siglo de Oro español, leídos y admirados por él” (FABRO, 2002, p. 59).

A la misma conclusión llega José Miguel Ibáñez Langlois, que fue testigo de la predicación de san Josemaría en Roma. Después de advertir que el discurso oral y el discurso escrito poseen diferentes reglas de construcción, el crítico literario chileno señala: “En virtud de esa dualidad, son contados los hombres de letras que «escriben como hablan» –con viveza coloquial–, y contados son también los que «hablan como escriben»: con rigor a la vez sintáctico e intelectual. Menos aún –contadísimos– son los que cumplen ambas proezas a la vez: escribir como hablando y hablar como escribiendo” (IBÁÑEZ LANGLOIS, 2002, p. 94). Y, exponiendo su directa experiencia en la tarea de transcribir las palabras del fundador del Opus Dei, en la que

participó durante su estancia en Roma, añade: “Como tantos otros, me asombré siempre con auténtico pasmo del rigor sintáctico, formal e intelectual del resultado transcrito: un lenguaje perfecto –y un pensamiento orgánico– sin dejar por eso de ser coloquial y espontáneo. Aun los más letrados suelen hablar «en borrador»: él hablaba «en limpio». Siempre” (IBÁÑEZ LANGLOIS, 2002, p. 95).

Esa facilidad para llegar a los oyentes, cualesquiera fuesen su formación cultural y religiosa, era fruto de la gracia divina, pero también del empeño por expresarse con claridad y de manera agradable. Se trataba, ciertamente, de una cualidad otorgada por el Señor, pero san Josemaría se esforzó por desarrollarla desde joven mediante lecturas de los clásicos castellanos y de los Padres de la Iglesia. Este binomio –invocación confiada al Paráclito y exigente preparación– da razón de los abundantes frutos espirituales que cosechaba en su predicación. Su palabra, engarzada en expresiones certeras de la lengua, producía “una serie de efectos de cercanía y viveza que ponen de relieve, por una parte, la claridad y la fuerza de las cosas que se dicen; y, por otra, la normalidad, la referencia a la gente corriente, aunque el tema sea siempre santidad heroica. La aplicación personal es entonces más profunda, íntima, exigente, concreta” (ALONSO SEOANE, 2002, p. 165).

Lo atestigua el P. Félix Carmona, O.S.A., a propósito de los ejercicios espirituales a los que asistió en El Escorial, de los que ya se ha hablado. Escribe: “Las anécdotas y ejemplos tremendamente gráficos con que ilustraba su exposición doctrinal quedan más en mi recuerdo que en mis apuntes. Empleaba un estilo directo, muy bíblico, y con interpretación muy práctica de la Palabra de Dios. Solía hablar en singular y ayudaba a fijar la atención con el reclamo al planteamiento personal o el recurso a la anécdota” (Félix CARMONA,

“Un santo de nuestro tiempo”... *cit.*: SERRANO, 1992, p. 44).

Esta descripción es un eco fiel del modo de predicar de san Josemaría, como se pone de manifiesto en el siguiente párrafo de una de sus homilías. Tras hacer una serie de preguntas comprometedoras para el auditorio, explica: “Es necesario empezar por convencerse de que Jesús nos dirige personalmente estas preguntas. Es Él quien las hace, no yo. Yo no me atrevería ni a planteármelas a mí mismo. Estoy siguiendo mi oración en voz alta, y vosotros, cada uno de nosotros, por dentro, está confesando al Señor: Señor, ¡qué poco valgo, qué cobarde he sido tantas veces! ¡Cuántos errores! en esta ocasión y en aquélla, y aquí y allá. Y podemos exclamar aún: menos mal, Señor, que me has sostenido con tu mano, porque me veo capaz de todas las infamias. No me sueltes, no me dejes, trátame siempre como a un niño. Que sea yo fuerte, valiente, entero. Pero ayúdame como a una criatura inexperta; llévame de tu mano, Señor, y haz que tu Madre esté también a mi lado y me proteja. Y así, *possumus!*, podremos, seremos capaces de tenerte a Ti por modelo” (ECP, 15).

Para concluir, recojo el comentario de uno de los obispos españoles que fueron testigos de la predicación de san Josemaría a los sacerdotes. “Mons. Álvaro del Portillo –refiere el actual Prelado del Opus Dei– recordaba un comentario de don Luciano Pérez Platero, que sería con el tiempo Arzobispo de Burgos. Cuando era Obispo de Segovia, asistió a un curso de retiro para el clero y, al final, se sintió obligado a pronunciar unas palabras de agradecimiento al predicador. Entre otras cosas dijo: «Don Josemaría siempre hiere; unas veces con espada toledana; otras, con bomba de mano»” (Javier ECHEVARRÍA, “Conferencia al clero de Valencia”, 5-II-2010, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 50 [2010], p. 108).

Es un modo muy acertado de expresar la eficacia de la palabra de san Josemaría. Esa palabra sigue viva, gracias a sus escritos y a las filmaciones de sus reuniones con tantas personas.

Voces relacionadas: Catequesis, Labor y viajes de; Colegio Romano de la Santa Cruz; Colegio Romano de Santa María; Grabaciones audiovisuales; Predicación; Viajes apostólicos.

Bibliografía: AVP, II, pp. 723-729, 646-647; María José ALONSO SEOANE, “Homilias y escritos breves. Algunos aspectos de retórica literaria”, en Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO (coord.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 2002, pp. 151-173; Félix CARMONA MORENO, O.S.A., *Apuntes de Ejercicios Espirituales con San Josemaría Escrivá*, San Lorenzo de El Escorial, Ediciones Escorialenses, 2003; Cornelio FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia*, Madrid, Rialp, 2002; Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO (coord.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 2002; José Miguel IBÁÑEZ LANGLOIS, *Josemaría Escrivá de Balaguer como escritor*, Madrid, Rialp, 2002; José Luis ILLANES, “Obra escrita y predicación de san Josemaría Escrivá de Balaguer”, *SetD*, 3 (2009), pp. 203-276 (cfr. especialmente pp. 224-229, 238-239); José Antonio LOARTE, “La predicación de san Josemaría. Descripción de una fuente documental”, *SetD*, 1 (2007), pp. 221-231; Rafael SERRANO (ed.), *Así le vieron. Testimonios sobre Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1992.

José Antonio LOARTE

PRELADO DEL OPUS DEI

1. Introducción: un apunte histórico-biográfico. 2. La noción de Prelado y sus características. 3. El Opus Dei, Prelatura personal.

La voz “Prelado” nos remite a la configuración jurídica del Opus Dei como Prelatura personal, configuración que san Josemaría intuía y deseaba, pero que no llegó a ver culminada en su vida aquí en la tierra porque falleció en 1975 y el Opus Dei fue erigido en Prelatura personal en 1982.

La erección de una prelatura personal implicaba el nombramiento como Prelado de quien hace cabeza en el Opus Dei.

1. Introducción: un apunte histórico-biográfico

En 1962, san Josemaría presentó al beato Juan XXIII una solicitud para la revisión del estatuto jurídico del Opus Dei entonces vigente. En relación con esa revisión, el fundador hacía constar: “La configuración jurídica que entreveía, incluso desde 1928, era algo semejante a los Ordinariatos o Vicariatos castrenses, compuestos de sacerdotes seculares, con una misión específica; y de laicos, que tienen necesidad, por sus peculiares circunstancias, de un tratamiento jurídico eclesiástico y de una asistencia espiritual adecuados: en nuestro caso, las peculiaridades provenían –y provienen– de las exigencias de desempeñar el apostolado secular en todos los ámbitos de la sociedad, en lugares inaccesibles o prohibidos a los sacerdotes y a los religiosos, por medio de laicos con una dedicación permanente, con una formación espiritual e intelectual específica, con un vínculo mutuo que les une con el Instituto” (citado en IJC, p. 335).

Como ilustración de lo dicho puede servir el siguiente apunte histórico-biográfico, procedente de uno de los primeros miembros del Opus Dei, Pedro Casciaro. Éste recuerda, en efecto, “que a principios de 1936 acompañó a don Josemaría Escrivá de Balaguer a la Iglesia de Santa Isabel de Madrid, de la que éste era entonces Rector. Mientras esperaba, se detuvo a contemplar algunos detalles ornamentales, entre ellos dos lápidas mortuorias colocadas en el suelo, al pie del presbiterio. En ese momento, se acercó don Josemaría y, señalando las lápidas, pronunció unas palabras como las siguientes: «Ahí está la futura solución jurídica de la Obra». Después, sin añadir más –o, al menos, sin que Pedro Casciaro recuerde que lo añadiera–, siguió adelante. Esas dos lápidas

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.